

ENTREVISTA CON EL SOCIÓLOGO

El sociólogo polaco y premio Príncipe de Asturias, Zygmunt Bauman, célebre por su concepto de modernidad líquida -que define una sociedad incierta-, duda de la efectividad del 15-M para cambiar una España donde los recortes solo harán «a los pobres más pobres». Estos días participa en Benicàssim en el Sunsplash, un festival de reggae que también debate sobre crisis y democracia.

Zygmunt Bauman: "A Wall Street le da igual que los indignados ocupen plazas"

Lunes, 20 de agosto del 2012

LAURA L. DAVID

BENICÀSSIM

-En España, en los últimos tiempos, estamos viviendo recortes en educación y en sanidad; se desmantelan las entidades sociales, las prestaciones por desempleo y jubilación van a la baja... ¿Qué queda del Estado del bienestar?



Desazón El sociólogo Zygmunt Bauman, en la playa de Benicàssim (Castellón), donde participa en el foro social del festival Sunsplash, ayer. CARME RIPOLLÈS

España ha copiado el modelo de Estados Unidos. Cada vez los pobres son más pobres y los ricos, más ricos. Las políticas de austeridad no funcionan: solo harán que las desigualdades sociales aumenten exponencialmente.

-A cualquiera que tenga trabajo se le considera un privilegiado, por muy precario que sea su empleo.

-Se ha cambiado al proletariado por una suerte de *precariedad* que nos consume a todos. Entre la austeridad y la pérdida del empleo, la gente se siente cada vez más humillada. Andamos sobre arenas movedizas: inculcando miedo han conseguido que la solidaridad entre los trabajadores se diluya y fomentar el individualismo.

-Dicen que los jóvenes españoles de hoy son la primera generación que vivirá peor que sus padres. ¿Es una visión catastrofista?

-No lo creo. España está viviendo una catástrofe. Que haya un 52% de desempleo juvenil es una cifra devastadora. La gente está sufriendo mucho y lo peor es que se espera mucho más sufrimiento.

-Nos dicen que hay que adelgazar la Administración porque el gasto público está disparado, que todos tenemos parte de culpa en esta crisis, por haber vivido por encima de nuestras posibilidades. ¿Está de acuerdo con esto?

-El capital nos ha dicho que la solución a los problemas es incrementar el consumo. Tras el 11-S, el presidente George Bush dijo, primero a los estadounidenses y luego al mundo: '¡Comprad, sed felices, ignoremos el terrorismo!'. Se aparcaron los problemas y se fomentó todavía más el individualismo. Así desapareció el apoyo mutuo y se dejaron de valorar las relaciones personales. España también ha copiado ese modelo.

-Se habla de que las redes sociales han sido instrumentos que han hecho posible la revolución social. ¿Cómo las ve usted?

-No veo la conexión entre la ira desatada en las redes sociales, las comunidades de Facebook donde se discute, el tuit que se queja de algo, el hecho de rellenar una petición *on line*... y una acción real que pueda hacer cambiar las cosas. El problema radica en las bases del sistema y para cambiar nuestras democracias necesitamos otras herramientas que aún no tenemos. ¿Cómo traducir esta ira virtual en acciones efectivas? Aunque internet es una herramienta muy útil, la única fuerza que la utiliza en su beneficio son los gobiernos: controlan nuestros datos y pueden plantarse en casa de alguien sospechoso de haber iniciado una revuelta -como ya ha pasado, por cierto- para detenerlo.

-Hace unos meses dijo usted que el movimiento del 15-M es emocional, que le falta pensamiento. ¿Sigue opinando lo mismo?

-Los periodistas hablan del movimiento de los indignados, los sociólogos intentamos estudiar el fenómeno, todo el mundo habla de ello, pero la realidad es que a Wall Street le da igual, le trae sin cuidado que los indignados ocupen plazas, y los gobiernos no pierden votos por ello. El 15-M es un síntoma de que se ha perdido la confianza en los gobiernos, pero no tenemos una sola prueba de que gritar en la calle, todos juntos, tenga consecuencias prácticas. Con estos gestos no afrontamos los problemas reales de la sociedad.

-Pero sí se ha visto cierta corriente solidaria surgida a raíz de este movimiento.

-Es una solidaridad temporal. El movimiento de los indignados es fruto de un mecanismo de *corta y pega* de la movilización que surgió en Egipto, pero ninguna de las dos ha solucionado el problema de la desigualdad social. En un primer asalto, todos están de acuerdo en algo; derrocar a Mubarak. Pero ¿qué va a pasar ahora? En el caso de España: catalanes, vascos, andaluces... ¿son capaces de unirse todos apartando sus diferencias (de edad, religiosas, culturales, sociales, etcétera) para alcanzar un objetivo común? Hay que encontrar alternativas y acabar con las acciones ciegas.

-En septiembre los indignados quieren ocupar el Congreso de los Diputados y exigir la dimisión del Gobierno. ¿Le parece acertada la acción?

-No creo que nada cambie aunque cambie el Gobierno de Madrid. En las últimas elecciones, los españoles no votaron contra la socialdemocracia. Votaron a la oposición porque habían perdido la confianza en su Gobierno. Aunque cambie el Gobierno, los estados-nación no disponen de organismos que tengan la capacidad de acabar con las mafias que nos han llevado hasta aquí. En España no hay ningún organismo de ese tipo. Hemos de ser capaces de crearlos. Elegir un nuevo Gobierno no es la solución: hoy por hoy, somos impotentes a la hora de tomar decisiones. Estamos en un momento de incertidumbre, porque las fuentes del problema no están en la superficie.

-¿Cómo vamos a salir de esta?

-Hasta que no creemos esta superestructura, no vamos a ser capaces de controlar todo esto. Quizá solo la solidaridad nos pueda salvar. La avaricia de los ricos nos ha traído hasta aquí. Tenemos que aprender esa lección y revisar los principios en los que está basada nuestra democracia; esa es la clave, hay que mirar a nuestros cimientos y crear una identidad nueva. Y hay que procurar por las clases más desfavorecidas, a las que hoy por hoy no se les permite decidir.